

Una lectura transatlántica en *Un verano en Tenerife* de Dulce María Loynaz¹

Humberto López Cruz

University of Central Florida

“Después tomó el Almirante a Canaria (o a Tenerife),
y adobaron muy bien la *Pinta* con mucho trabajo
y diligencias del Almirante”.

“Fue de allí en demanda de la isla de Cuba al Sursudueste . . .
Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles,
todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros,
con flores y con su fruto, cada uno de su manera”.

Cristóbal Colón (18, 47)

En una época en que la conexión transatlántica continúa cobrando singular interés es de hacer notar numerosos estudios que debaten el tema. El cruce del Atlántico es, a simple vista, un recorrido de rigor que hay que descubrir en la escritura acercando dos continentes que necesitan fusiones intelectuales y sociales para asentar su permanencia; sin descartar, claro está, las uniones que sugieran aristas económicas o políticas aunque éstas pertenezcan a un reto aparte. A pesar de ello, sería apropiado ver qué instituye esta aproximación crítica o, simplemente, esta óptica geográfica con la cual se puede abordar la entrega.

Los postulados de Julio Ortega, fundamentales en estas investigaciones, deben ser considerados para comenzar este enfrentamiento literario al argüir que el sujeto transatlántico existe “prefigurado desde los albores de la modernidad como un diálogo desigual pero intenso entre opciones contrarias, heteróclitas y, en no poca medida, hechas en la práctica de la mezcla configuradora” (“Los estudios transatlánticos” 94) que desemboca en lo que Ortega interpreta como un mapa entre los textos. A esta base se obliga sumar que tanto este especialista como el grupo de la Universidad de Brown se erigen

en significativos pilares a la hora de encarar el océano como una fuente de unificación, y a la vez desunión, de una delineación humanística que comenzó a forjarse a partir del primer viaje interoceánico. Según Francisco Fernández de Alba y Pedro Pérez del Solar, “los estudios transatlánticos son un marco conceptual que permite estudiar las relaciones y la circulación de discursos, personas, capitales y mercancías en el circuito atlántico, y cómo este hecho afecta a ambos lados” (105). Es preciso aceptar que tanto los autores como sus obras tienen un aura adosada a dicha visión al proyectar la relación del individuo con sus rasgos culturales más prolijos: el espacio y el bosquejo de su propia esencia humana; su existencia afirma la presencia de ambas orillas y, por lo tanto, no puede desprenderse de una sin, a su vez, negar la mitad que lo aúna. Como aserto básico para el cimientamiento de este trabajo, Ricardo Gutiérrez Mouat apunta que “el culturalismo latinoamericano lleva ya implícito un componente transatlántico” (133). En base a lo expuesto es menester repasar el texto que ocupa el interés de este ensayo.

El libro de viajes, *Un verano en Tenerife* (1958), es ejemplo de un inequívoco cruce oceánico. Proviene de la autoría de Dulce María Loynaz (1902-1997) y constituye una contundente aseveración de consciencia que logra vincular dos naciones que el atlas representa separadas. Según los ya referidos análisis de Ortega, Fernández de Alba, Pérez del Solar y los componentes de la actividad pionera de Brown, la aproximación transatlántica comienza a perfilarse durante el último cuarto del siglo XX; esto no niega la posibilidad de un nexo existente desde que un continente tuvo conocimiento del otro.² Los escritos cumplen con el cometido de corroborar una metáfora de coadunación que se ratifica por las vivencias del literato de turno; se apoya la realidad interoceánica y se respalda un intercambio de perspectivas sin que ninguna de las riberas mencionadas tenga que subordinarse a la ajena; puede haber igualdad de jerarquías desde la óptica ciudadana. Para consolidar la entrega de la poeta cubana, escogida para este ensayo, es imperioso rastrear las observaciones pertinentes a esta corriente crítica y asumir una postura ante estos discernimientos que permitan la inserción de la voz lírica de Loynaz dentro de dichas indicaciones.

Fernández de Alba y Pérez del Solar recomiendan lineamientos, dentro del espectro donde se conceptualiza la expresión, que catalogan

los estudios transatlánticos en tres niveles esenciales. Para el propósito de este ensayo es ineludible enfocarse en los dos últimos que avalan “textos que hablen del cruce” y “autores que han hecho el cruce y cómo, en su obra, han incorporado los temas, personajes, tradiciones del país de acogida . . .” (106) para comparar ámbitos y destacar características inherentes al territorio descrito.³ Como prueba de ello, la citada obra procede como vehículo que trasciende el área cartografiada para establecerse en la intersección; el creador, consciente de su aventura literaria, actúa como acercador cognoscitivo que no subraya explícitamente la acción pero sí se proyecta de manera que se afirma desde los dos lados del océano.

Un verano en Tenerife pormenoriza una contemplación de la isla canaria a través de una viajera que proviene del occidente del Atlántico y se desarticula por medio de una multiplicidad de travesías que no se hará esperar. Luis A. Jiménez señala que Loynaz “[r]eitera el objetivo del discurso viajero cuando indica sutilmente que no desea guardarse para sí sola la aventura canaria” (211). A través de *Un verano*, el lector se asocia a una mirada de antaño que precisa detallar lo visto; sin embargo, al realizarse en Cuba ha vuelto a atravesar en dirección al archipiélago de las Afortunadas en el recuerdo, o en la imaginación de la autora; ahí aprovecha, además, para afianzar la presencia implícita del canario con quien había contraído matrimonio, Pablo Álvarez de Cañas, admitiéndole a Pedro Simón que al hacer de su “amor y admiración por Tenerife un libro que viniera a ser algo así como un homenaje a la isla y un obsequio a mi esposo” (Simón 59). Acto seguido, regresa al lugar de la redacción, Cuba, para intentar que —sin abandonar la geografía natal— sea factible transportarse a Tenerife y acompañar a Loynaz en su inolvidable periplo. La poeta evoca “[h]oy, que estoy lejos, cuando pienso en las Islas, veo, primero, sus rosas. Se quedaron por siempre en mi memoria como la fórmula mágica con que torno a formarlas en todos los meridianos de mis sueños” (65). Finalmente, lo que fuera escrito en Cuba resulta impreso en España. No hay que recalcar la diversidad de idas y venidas que signan *Un verano* para constatar que esta armazón cuasi novelada, esta prosa poética, sigue los parámetros establecidos al ofrecer una visión transatlántica.

Diversos han sido los juicios con los que académicos contemporáneos han acogido *Un verano*. Para Virgilio López Lemus es “. . . un libro intemporal aun teniendo un tiempo histórico definido: el de la visita”

(47); María Lucía Puppo opina que es “. . . una investigación sin precedentes sobre el mítico archipiélago” (“Autobiografía” 52); y para Melchor Fernández Almagro el texto es “. . . de literatura viajera; de estación o estancia, más que de viaje propiamente dicho” (599). Estos planteamientos sugieren a cabalidad una escritura que se desplaza de un entorno narrativo para acceder a otro, previamente anunciado al narratorio, donde tendrá lugar la urdimbre textual. El movimiento facilita un acercamiento territorial que podría ejercer como dato estructural y obtener un consenso de lo que se percibe como un escorzo cartográfico. Como colofón a lo trazado, *Un verano* reúne los requisitos pertinentes y se inscribe dentro de los parámetros formulados con anterioridad.

Antes de interrogar el discurso, es imprescindible cotejar los asertos expuestos con la opinión de Loynaz sobre su libro. La poeta repite en más de una ocasión que lo considera su mejor libro (Martínez Malo 45, Rivero 59); además, en las siempre visitadas “confesiones” le admite a Aldo Martínez Malo que en ese libro a las Canarias se “limitaba a narrar las experiencias de un viaje . . . Nadie había escrito sobre estas islas . . . Tenía el campo libre para mí, y no hice más que aprovecharlo” (45). Aquí perfila una yuxtaposición que logra que el agua que baña los archipiélagos transvase su sostén terráqueo para adueñarse de latitudes que se tornan comunes; autor y texto han confluído dejando su huella en la reproducción gráfica de los acontecimientos.

Es natural que en una elocución cultural se ponga a prueba la viabilidad de elementos humanos presentes en las dos geografías; la esencia ciudadana se autentica en la similitud o en la incorporación del fundamento hallado en su homónima. Ortega arguye que “. . . [l]os movimientos sociales pusieron la cuestión del sujeto, sus redes de negociación y tramas de asociación en el primer plano de la nueva esfera pública. Pronto se hizo claro que no se trataba sólo del Otro en sus márgenes de otredad exotista y remota” (“Post-teoría” 111). Entonces, hay que admitir que el desdoblamiento de dos personajes implícitos vistos en las dos orillas son los que soportan el andamiaje analizado. Loynaz indica algo tan sencillo como que “. . . han adoptado en su lenguaje términos propios de nuestra América, y en especial de Cuba, a la que tanto quieren y admiran” (73); el viaje de regreso está marcado y el espacio suplantado ya que el lado Atlántico que proveyó

el actual idioma en la ex-colonia ahora se nutre de un nuevo léxico engastándolo a la lengua que en el pasado navegara en dirección opuesta. La transmutación de las coordenadas no se restringe solamente a una esfera lingüística ya que ejemplos gastronómicos apoyan el enlace entre archipiélagos. En *Un verano* la poeta recuerda que “[l]e ofrecemos presentes que sólo en sueños ven las amas de casa de esta tierra: café cubano, azúcar, dulce de coco, raspadura de flor . . .” (67); la cocina tinerfeña se ha unido a la cubana a través de las mercancías en el circuito atlántico, sugerencia determinante ya planteada y que fuera referida con anterioridad.

Cabe acentuar que si es importante que un autor abarque la existencia de una vertiente para brindar a la otra costa su experiencia interoceánica, también tiene que ser sopesado cómo el reducto original puede, además, nutrirse del encuentro externo que se consume. Las Canarias-Cuba, Tenerife-La Habana son dos dimensiones tangibles que se van a afiliar a través de la movilidad discursiva de *Un verano*. El ámbito bucólico no se hace esperar ya que “[e]s sembradíos, que en Cuba llaman platanales y aquí cambian de sexo y se conocen por plataneras . . .” (204); tampoco el factor humano es excepción: “¿ha visto caminar Ud. a muchas cubanas? . . . las que he visto yo por esa calle del Prado los días de retreta, que cierro los ojos y me parece que las estoy mirando todavía . . .” (142). *Un verano* concuerda con lo manifestado por Puppo quien distingue que “[e]l mecanismo de la actividad descriptiva permite que un mismo elemento pueda trasladarse no sólo cronológica sino localmente” (*La música* 94); a esto hay que añadir que la “localidad” también puede extenderse a través del gran mar y probar, si aún fuere necesario, el arraigo de su dispositivo interoceánico.

Ahora bien, una vez establecido un vínculo y determinado que el cruce intercontinental es una realidad plausible, es aconsejable abordar una vía suplementaria de encuentro con *Un verano* que pudiera coexistir como subtema dentro del escenario aludido. En este caso hay que presuponer que Loynaz lleva a cabo una continua negociación y, al mismo tiempo, desarrolla un proceso intercultural que ofrece códigos de aprobación para conseguir una unificación territorial. La entrega se convierte en un tratado interoceánico que presenta dos islas: la de la autora-viajera, Cuba, y la de su recuerdo, o sea, Tenerife —también ésta última la de su esposo, receptor del obsequio narrativo—. *Un*

verano lleva a cabo una seducción del lector con los encantos naturales y culturales de la insula canaria y, por consiguiente, es, a su vez, una incitación para que el mismo narratario, inconscientemente tal vez, reconozca en Cuba los mismos epítetos favorables que ya ha asumido Tenerife.

Esta exposición fuerza una vista retrospectiva al enfoque de negociación o, más bien, a endosar de modo implícito una disertación explícita que encapsule el todo; no se puede pasar por alto la búsqueda de una supuesta integración por parte de Loynaz que no deja de ser consciente que la distancia física puede acusar síntomas de desapego emocional. Es factible suponer que esta propuesta no ocurra por primera vez en *Un verano*, ni sea ella la que plantee tal posibilidad de acercamiento. Para esto, bastaría con repasar la *Carta de Colón anunciando el descubrimiento* para compulsar un propósito que ha estado presente en las letras hispanoamericanas desde que los involucrados se descubrieron mutuamente. Colón se afirmaba en hipérboles que engendraban mitos; éstos se expandirían como realidad del nuevo continente. Con más astucia se desempeñó Hernán Cortés en sus *Cartas de relación* y sus minuciosas descripciones de las ciudades en las que entraba y la mercadería que hallaba en la nueva tierra;⁴ la abundancia de una orilla podría implicar las carencias de la otra. Todo lo expuesto conlleva a la reproducción de un texto que va a sesgar el conocimiento y la opinión de los estudiosos, y a reconocer que ha surgido un nuevo horizonte que rinde obsoletos los hasta ahora nombrados. Europa, hasta esta fecha, miraba hacia todas las longitudes del mundo transitado; ahora, va a comenzar a otear un nuevo espacio y, en su momento, esta demarcación recién *descubierta* puede buscar apoyo en el viejo continente. En *Un verano* se dice que “[j]ardines en el mar, islas de rosas llamaría yo a las Canarias, dueñas de las más bellas flores de este mundo” (64), para continuar, “[e]n estas islas, como en la mía, no existen animales dañinos” (69), y concluye, refiriéndose tan sólo a las Afortunadas “[s]iendo como son las islas muy pequeñas, resulta raro que las playas no se hagan más accesibles; son casi siempre de arena negra y permanecen, de hecho, ocultas al viajero” (70). Las alabanzas a Tenerife dan paso a un plano de igualdad en la fauna de las dos islas y concluye con cierta sorpresa sobre playas de arena negra ocultas a la mirada general. Lo que no dice se sobreentiende: las playas que la poeta ha visitado en su Cuba tienen arena blanca y están a la

vista de todos. Sin embargo, la aceptación explícita ocupa y endosa el reconocimiento de unas expectativas que no pasan inadvertidas y ofrecen la posibilidad de un encuentro que reafirme una relación de antaño. Loynaz recrea, y se recrea al hacerlo, un recuerdo válido que, además de servir de obsequio para Álvarez de Cañas, confirma una Cuba que alguien no familiarizado con sus cualidades llega a conocer a través de los apelativos dispensados a Tenerife; la narración negocia, y obtiene, la aceptación del narratario de un territorio que ha sido suplantado y que, hasta el momento, permanecía desconocido.

No se puede dudar que *Un verano*, que Rafael Bernal Castellanos llama “un libro poético” (37), surge de la memoria, de un intersticio afectivo que puede estar prejuiciado por los intereses que circundan el nexo entre las islas. “Este verano en Tenerife es un viaje personal que luego necesitará ser recuperado con la palabra, en el camino entre el viaje real y el viaje imaginario. . . . La voz de la viajera es la de la escritora que explicita sus tanteos, que ventila con su lector las dificultades de la (re)creación” (Araújo 420). A pesar de esta cita, el texto no cesa en alabanzas que se aceptan como características comunes de los entramados recreados. La relación Tenerife-Cuba no sólo se impone sino se afianza en un descentramiento que abarca una transmutación presentida, y lograda, donde el océano va a convertirse en el principal agente unificador y lo que podría leerse también como una redacción apócrifa de una isla que parece no importarle haber suplantado a otra.

Es López Lemus quien abunda en factores que dejan de ser secundarios a la hora de examinar la conexión interoceánica. Afirma que *Un verano* es un “puente entre dos archipiélagos” ya que reseña a Loynaz como una viajera “a la inversa” (62). América mira a Europa y la tutea en una intimidad que las iguala; el mapa cobra una nueva dimensión y se fortalece por los múltiples asedios que intentan acotar, a veces ampliar, nuevas fronteras. El sujeto nacional se incorpora a un espacio mucho más ensanchado y reta, con su presencia, un ciclo que regresa a uno de sus puntos de partida. De igual manera que Europa no se restringe a mirar a América como único destino en sus excursiones literarias, América tampoco tiene que recurrir a Europa como el extremo opuesto del encuentro intertextual. Es muy cierto que el puente tendido por Loynaz engarza las Canarias y el Caribe, pero el conocimiento que se adquiere de Cuba, a través de su impresión de

Tenerife, lleva a especular a la crítica con cuántas semejanzas puede lindar simbólicamente la mayor de las Antillas. La negociación ha surtido efecto y el referido homenaje a Álvarez de Cañas se bifurca, ya que el tributo a Cuba se hace notorio.

El contexto literario que ofrece Loynaz en su libro de viajes permite contemplar las relaciones de dos vertientes que desfilan a través del recuerdo viajero con una inflexión casual; es una escritora que persevera más en el contorno de referencia que en un proceso que pudiera afectar el desenlace. Los desmembramientos del relato actúan como nuevos conquistadores, ahora desde una ribera diferente, que expanden el horizonte de recepción alertando a una cultura sobre la presencia de su similar. Esto no tan sólo ocurre en el aspecto somático del sitio explorado sino también en el calor humano que deja su esencia; la trama vuelve a mostrar proclividad a colectivizar ambas demarcaciones, no por medio de la naturaleza esta vez sino también a través del individuo. En su deambular por San Cristóbal de la Laguna, antes de llegar a La Orotava, Loynaz se aparta de la trama central en una de las digresiones sugeridas para “disipar la melancolía de esta historia” (114) e incluye información que sólo un viajero interesado en la relación entre Cuba y Tenerife hubiera podido recordar. El acápite menciona un refugio cerca de una vega que derivó “en propiedad privada, perteneciente hoy al patrimonio de don Manuel Felipe Camacho, que, aunque reside en Cuba, lo habita a veces con su esposa Alicia, cuando visita su tierra de origen” (115). Este comentario reitera el lineamiento y utiliza, a su vez, un elemento tangible como confluencia de las dos islas: al juntar estos espacios geográficos se establece un engarce directo con las dos orillas y destruye la distancia contingente entre Cuba y Tenerife. Por este medio, el tinerfeño incorpora la vega al mapa de su origen sin que por ello borre su existencia del suelo cubano; su identidad se afirma dentro de una dualidad dimensional que acepta sus dos realidades sin discriminar ninguna ribera. La poeta, en *Un verano*, ha acertado a proyectar una convincente fusión transatlántica dentro del perímetro de un texto de por sí transmutado.

Un verano en Tenerife constata que la observación interoceánica ha sido la praxis sustentadora de la identificación latinoamericana que aspira a una autoafirmación más allá de sus fronteras. En una era de globalización este rasgo no es de sorprender, pero sí puede poner de

manifiesto el interés unificador que puede existir entre continentes; la representación dialogada de fragmentos impresos consume la iniciativa de un acercamiento geográfico. Una vez logrado, no debería pasar inadvertida la posibilidad que trascendiera a una reescritura histórica, tal vez política, en la que el texto transmutado suplantara los ámbitos al conceptualizar una búsqueda ulterior que facilitara una perspectiva contemporánea de la región en cuestión. Las disciplinas involucradas podrían agruparse bajo un aura de *transatlantidad* que fomentaría aproximaciones adicionales, y más fructíferas, entre sitios que así lo demandaran; el aislamiento físico, y por ende intelectual, no es un recurso optativo en esta generación; por lo tanto, será inadmisibile en las venideras. Si las propuestas presentadas en *Un verano*, a ambos lados del Atlántico, develan dimensiones que acentúan puntos de intersección del pensamiento, es obligación insoslayable retomar esas lecturas y resaltar su valor como parte de una creatividad crítica que contribuya a destruir el desconocimiento que pudiera surgir cuando dos espacios convergen. En el caso de Loynaz, esta entrega ha probado ser un buen ejemplo.

NOTAS

¹ Este trabajo es parte de una idea mayor que, en su momento, abarcará otra entrega de Loynaz, las crónicas de la visita a La Habana de la Infanta Eulalia, como parte del desmontaje transatlántico.

² Consúltese la edición de la *Revista Iberoamericana* (75.228), dedicada en su totalidad al estudio transatlántico. Préstese especial atención al aporte de Eyda M. Merediz (865-84) porque aborda el tema Cuba-Canarias.

³ El tercer punto es el que se refiere a “[t]ecnologías, métodos, ideologías, modelos sociales y económicos, herramientas o discursos que teniendo un lugar de origen se transforman y se utilizan en otra realidad concreta allende los mares y, en muchos casos, vuelven transformados a su espacio original” (105).

⁴ Hay que repasar la segunda carta de Cortés y ver cómo el texto indica que “tiene esta ciudad muchas plazas . . . hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías . . . joyas de oro y plata, de plomo, de latón [...] hay calles de

caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra . . . venden conejos, liebres, venados y perros pequeños . . . hay todas las maneras de verduras que se hallan . . . hay frutas de muchas maneras . . ." (62-64) y se sigue ponderando las exuberancias de la nueva región que ahora enfrenta la mirada europea. Véase esta carta con detenimiento para establecer un paralelo con algunos puntos que ofrece Loynaz en *Un verano*.

OBRAS CITADAS

- Araújo, Nara. "La huella y el tiempo". *Annali Istituto Universitario Orientale* 43.2 (2001): 415-27. Impreso.
- Bernal Castellanos, Rafael Ángel. *Fe de poesía*. Guantánamo: El Mar y la Montaña, 2005. Impreso.
- Colón, Cristóbal. *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. 1946. 10ª ed. Ed. y prólogo Ignacio B. Anzoátegui. Madrid: Espasa-Calpe, 1991. Impreso.
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. Ed. Manuel Alcalá. México: Porrúa, 1960. Serie Sepan Cuantos. Impreso.
- Fernández Almagro, Melchor. "Un libro de literatura viajera". *Dulce María Loynaz*. Ed. Pedro Simón. La Habana: Casa de las Américas, 1991. 599-602. Serie Valoración Múltiple. Impreso.
- Fernández de Alba, Francisco y Pedro Pérez del Solar. "Hacia un acercamiento cultural a la literatura hispano-americana". *Iberoamericana* 6.21 (2006): 99-107. Impreso.
- Gutiérrez Mouat, Ricardo. "Postdictadura y crítica cultural transatlántica". *Iberoamericana* 6.21 (2006): 133-50. Impreso.
- Jiménez, Luis A. "El bojeo y la estadía: incursionando por el proyecto autobiográfico en *Un verano en Tenerife*". *Dulce María Loynaz: cien años después*. Ed. Humberto López Cruz y Luis A. Jiménez. Madrid: Hispano Cubana, 2004. 201-14. Impreso.
- López Lemus, Virgilio. *Dulce María Loynaz: estudios de una cubana universal*. Tenerife: Centro de la Cultura Popular Canaria, 2000. Impreso.
- Loynaz, Dulce María. *Un verano en Tenerife*. 1958. Pról. Ana Martín. Madrid: Viceconsejería de Cultura y Deportes, 2002. Impreso.
- Martínez Malo, Aldo. *Confesiones de Dulce María Loynaz*. Pinar del Río: Hermanos Loynaz, 1993. Impreso.

- Merediz, Eyda M. "De *Insulis* o más islas que se repiten: Canarias, Cuba y el Atlántico Hispano". *Revista Iberoamericana* 75.228 (2009): 865-84. Impreso.
- Ortega, Julio. "Los estudios transatlánticos al primer lustro del siglo XXI. A modo de presentación". *Iberoamericana* 6.21 (2006): 93-97. Impreso.
- _____. "Post-teoría y estudios transatlánticos". *Iberoamericana* 3.9 (2003): 107-19. Impreso.
- Puppo, María Lucía. *La música del agua. Poesía y referencia en la obra de Dulce María Loynaz*. Buenos Aires: Biblios, 2006. Impreso.
- _____. "Autobiografía y ficción en *Un verano en Tenerife* de Dulce María Loynaz". *Letras* 45 (2002): 51-62. Impreso.
- Rivero, Ángel. "Conversación con Dulce María Loynaz". *Revolución y Cultura* 2 (1984): 56-59. Impreso.
- Simón, Pedro. "Conversación con Dulce María Loynaz". *Dulce María Loynaz*. Ed. Pedro Simón. La Habana: Casa de las Américas, 1991. 31-66. Serie Valoración Múltiple. Impreso.